

AGENDA CIUDADANA

NOSTALGIA DE LO QUE NO PUDO SER

Lorenzo Meyer

Nostalgias.- La historia política de México se puede escribir tanto por lo que efectivamente aconteció como por todo aquello que pudo ser --o se creyó que podría ser-- y nunca fue.

José Donoso, el escritor chileno, al reflexionar sobre la larga historia de su familia en ese país del sur, observa que las circunstancias estaban dadas para que él hubiera podido llevar una vida muy distinta de la que finalmente vivió --en la pampa magallánica y no en las ciudades, por ejemplo-- y concluye: "...todo destino conlleva como corolario una nostalgia de lo que no pudo ser" (Conjeturas sobre la memoria de mi tribu, Madrid: Alfaguara, 1996). Esa conclusión respecto de los destinos individuales, vale también para los destinos colectivos. México pudo ser algo distinto de lo que hoy es, y esa nostalgia por el destino varias veces perdido, explica en parte el sentimiento colectivo de frustración, de derrota y de agravio, que caracteriza al tiempo mexicano actual.

El Origen.- Pero ¿qué es lo que México no pudo ser?. En varios momentos las élites intelectuales y políticas de México, creyeron en, y ofrecieron a sus coterráneos, un futuro muy distinto del que realmente fue. Esa cadena de nostalgias, de historias que no ocurrieron, se inicia con el siglo XVI. En vísperas del terrible encuentro entre los habitantes originales de Mesoamérica y los españoles, el pueblo mexicana era la encarnación misma del poder y de la confianza total en sus dioses

y, por tanto, en su destino como pueblo elegido. Esa seguridad estaba basada en hechos concretos: su rápido tránsito de grupo marginal y dominado a poder hegemónico, de tributarios a señores indiscutibles del Anáhuac. Pero frente a los españoles, los dioses fallaron, y esos orgullosos mexicanos ya no se recuperaron de la contundencia de su derrota. Con la caída de la Gran Tenochtitlán sólo quedó la posibilidad de imaginar lo que hubiera podido ser si no hubieran coincidido en el tiempo el imperio azteca por un lado y el surgimiento del estado nacional español y su expansión allende la mar océano, por el otro.

El Optimismo Criollo.- En el siglo XVIII, el siglo de la plata y la ilustración mexicanas, un puñado de criollos rechazó la tesis europea de la superioridad natural del viejo mundo. Para esos novohispanos, ni las civilizaciones prehispánicas, ni la naturaleza americana, tenían un carácter inferior frente a lo europeo. Además, el milagro guadalupano probaba que, a los ojos de Dios, este continente y sus naturales eran moralmente iguales al mejor. En realidad, para el pensamiento criollo radical de inicios del siglo XIX --como el de fray Servando Teresa de Mier-- la sujeción de México a España no había ocasionado otra cosa que la imposibilidad de dar rienda suelta a las grandes potencialidades creadoras de la colonia.

Tras la terrible guerra de independencia, y pese a las enormes pérdidas humanas y económicas, ese optimismo criollo volvió a aflorar en 1821, cuando supuso que la enorme nación que acababa de nacer como resultado del pacto trigarante, estaba naturalmente destinada, por la amplitud de su territorio, por la

fuerza de su población y por la riqueza de su naturaleza, a ser feliz y jugar un papel central en el concierto mundial de las grandes potencias. Un periódico de Puebla, sin sombra de duda, afirmó entonces: "La opulencia hace que México figure al lado de las grandes potencias" (Javier Ocampo, Las ideas de un día, El Colegio de México, 1969, p.85). Sin embargo, después de poco más de un cuarto de siglo, y en buena medida gracias a la ineptitud de su clase gobernante, a la lucha interna, México era un país en bancarrota, que había perdido a Centroamérica, a Tejas y a vastos territorios del norte, como resultado de su derrota militar frente a Estados Unidos. Y no sólo había perdido territorio, sino también un tiempo precioso para llevar adelante su revolución industrial. El horizonte era tan negro entonces que en un folleto anónimo titulado "Consideraciones sobre la situación política y social de la República Mexicana en el año de 1847 ", (s.p.i.), se llegó a esta dura conclusión: "En México no hay ni ha podido haber eso que se llama espíritu nacional, porque no hay Nación" (p.42). De los grandes proyectos de la independencia no quedaba más que las cenizas de la nostalgia y la amargura.

La Utopía Liberal.- Por veinte años más, la sociedad mexicana siguió a la deriva, perdió tiempo en la carrera económica y sólo tuvo como horizonte la guerra civil. Finalmente, con el triunfo liberal en 1867 y la restauración de la República, se vio la luz al final del túnel. Pero los dogmas políticos liberales chocaron entonces con la dura realidad, y terminaron por disolverse en la larga *Pax Porfiriana* y en su idea del progreso. La élite --la oligarquía-- recuperó parte de su

confianza y optimismo originales, y al inicio del siglo XX, en las "fiestas del centenario", se volvió a ver a los líderes mexicanos seguros de si mismos, y orgullosos de su obra material y de haber logrado arraigar en suelo mexicano las ideas del orden y el progreso. Es verdad que esa prosperidad era patrimonio de pocos, pero se suponía que la gran inversión externa, mezclada con la educación y la disciplina social impuesta por el benévolo dictador de Oaxaca, más el paso del tiempo, harían de México un país si bien ya no central, si razonablemente próspero y respetado por el resto.

La Utopía Revolucionaria.- La caída de Díaz y su régimen, la fiereza y destrucción de la Revolución, fueron, a la vez, la destrucción de la promesa y una nueva pérdida del escaso tiempo económico: en vez de tender más vías férreas, se les destruyó. La característica de la vida colectiva volvió a ser la incertidumbre, el hambre, la sangre y el fuego. La inversión externa cayó y la imagen de México en los países centrales difícilmente pudo ser peor: en su opinión el país estaba de regreso a la barbarie y sólo la fuerza externa le haría respetar los estándares mínimos de civilización. Tampoco fueron escasos los mexicanos que entonces volvieron a desesperar del futuro.

Poco a poco la polvareda revolucionaria se fue apaciguando y un sentimiento nacionalista surgió tanto entre los nuevos dirigentes como en capas sociales más amplias. Había un cierto sentido de orgullo y de confianza. La "raza cósmica" de Vasconcelos, se supuso, sería parte de la contribución mexicana a la gran empresa civilizatoria universal. Cuando el nuevo régimen

concluyó su construcción institucional en los años cuarenta, la idea de que por fin estaban puestos los cimientos para la modernización y la industrialización de México, hizo que otra vez surgiera el optimismo, no sólo entre los nuevos señores de la política e industriales, comerciantes y banqueros beneficiados por la protección nacionalista, sino incluso entre la clase media y en grupos de la clase obrera sindicalizada.

Se trató de una confianza que quedó bien reflejada en la encuesta que para su capítulo sobre México realizaron los politólogos norteamericanos Gabriel Almond y Sidney Verba en The Civic Culture (1963). Si bien ese optimismo fue menos grandilocuente que el del pasado, no dejó de tener algo de la vieja ilusión. Sin embargo, la fuerza del nacionalismo revolucionario empezó a menguar y las dudas a aumentar, conforme se fue ahondando, entre 1968 y 1982, la crisis de la política autoritaria y de la economía protegida. Al llegar a esta última fecha, era claro que la promesa de la prosperidad petrolera se había esfumado junto con aquella del presidente José López Portillo de resolver el problema social y defender al peso "como un perro".

Salinas o la Utopía de la Globalización.- A la frustración colectiva de los años ochenta --a la idea de un país "saqueado" por sus banqueros...y sus políticos--, le siguió una inesperada recuperación del horizonte optimista. Este cambio fue obra de la innegable habilidad, voluntad de poder y sangre fría de Carlos Salinas. También fue producto del autoengaño colectivo, de las

ansias de una parte importante de la población, sin exclusividad de clase o región, de volver a creer.

Fue así que muchos mexicanos se mostraron dispuestos a aceptar la oferta que entonces hizo Salinas, el brillante y joven tecnócrata de Harvard. Esa oferta se puede resumir así: destruir el viejo y tramposo nacionalismo mexicano para integrarnos al mundo y liberar así una gran fuerza social, que combinada con la fuerza presidencial, con la apertura del mercado, con la venta parcial del complejo de empresas estatales y con la construcción de una asociación privilegiada con Estados Unidos mediante un tratado de libre comercio (TLC), harían finalmente realidad la promesa de la modernidad, del retorno de la prosperidad económica e incluso del abandono de la larga estada mexicana en el subdesarrollo. Se posponía la transición a la democracia y el surgimiento del ciudadano, pero a muchos conciudadanos ese precio les pareció aceptable, si con ello se ganaba la modernidad.

La nostalgia de la sociedad mexicana por esos breves momentos donde creyó tener a la mano un futuro que rompía con su pasado y su presente, fue hábilmente manipulada entre 1989 y 1994, por una formidable maquinaria propagandística al servicio de un grupo tecnocrático cuya ambición de poder no conoció límite moral alguno. La firma del TLC y su ratificación en 1993, fue aceptada por millones de mexicanos como el signo de que esta vez había dado fruto la confianza depositada en el líder fuerte y providencial. Los resultados de las elecciones de 1991 y 1994 -- la reafirmación del dominio del PRI-- se pueden interpretar como la fuerza de la ilusión: ni el levantamiento del EZLN, ni la

pugna interna dentro de la élite que desembocó en los asesinatos de Luis Donald Colosio y Mario Ruiz Massieu, ni el enorme déficit con el exterior, ni la corrupción manifiesta de la clase política, hicieron flaquear a esa mitad del electorado que tenía ganas de creer en lo increíble. Sólo el golpe seco del "error de diciembre" de 1994 fue capaz de romper el hechizo del salinismo, y convertir en furia colectiva lo que por casi seis años había sido la entrega incondicional al líder autoritario que ofreció prosperidad a cambio de acatamiento incondicional.

La Superación de la Desmoralización.- El tiempo actual está natural e inevitablemente marcado por el resurgimiento del sentimiento de derrota, engaño y frustración. Sin embargo, es necesario --sin olvidar ni perdonar--, superar esta etapa e imprimirle a la indignación un sentido constructivo. La inteligencia consiste en dar un uso positivo a las experiencias negativas. Tenemos que evitar volver a cualquier variante del salinismo y, en cambio, debemos usar el incipiente sistema de partidos y de organizaciones no gubernamentales para superar definitivamente la larga y dañina etapa de la política como monopolio y juego cerrado del presidencialismo irresponsable.

A base de discusión abierta, de información, de votos y de movilizaciones, debemos tratar de reconstruir el futuro. Hay que trabajar con un sentido de la realidad que nos lleve a acabar con el poder sin límites e instalar el Estado de derecho, rehacer la economía, enfrentar el problema social y recuperar la dignidad colectiva que se perdió en los meandros del autoritarismo y la corrupción.

NOTA.- La verdadera fuerza del Ejército Zapatista de Liberación Nacional no está en sus armas. De todas formas, sus efectivos no son 200 como se afirmó en este espacio la semana pasada, sino por lo menos dos mil y probablemente un poco más. El cero perdido en la transcripción era importante.